

mismo tiempo, los chiquillos ya habían cogido en brazos al recién llegado y se peleaban por acariciarlo. En el patio había una cabra y sin que les dijeran, entre todos, como normigas, lo pusieron a mamar del buen animal. Las niñas se quitaron los delantalcitos y lo envolvieron. Los varoncitos encontraron un gangoche y le hicieron una hamaca.

Por la noche, todos los niños querían dormir con el chiquito. Le hicieron colchoncitos de burío de plátano, y con sus cuerpecitos le daban calor. Era de verlos al día siguiente cuando otra vez lo ponían a mamar pegado a la ubre de la cabra más buena que la mujer del leñador. Después cuando calentaba el sol, lo llevaban a la quebrada y lo bañaban. ¡Sabe Dios cuántas veces lo escapaban de ahogar! Pero así y todo, vivía y crecía el niño lleno de caricias de los infantiles leñadores. La Perfecta no tocaba al chiquillo, menos mirarlo con buenos ojos. Un día, dijeron los niños: Pongámosle un nombre, y pensando y jugando le llamaron Bienvenido, porque para ellos había sido un regalo de alegría. Así fué pasando y pasando el tiempo; Bienvenido crecía gordito y sano con la leche de la buena cabra. Ya se podía estar sentado. Después empezó a caminar y por último ya corría por los prados con sus hermanos y traía en sus bracitos pequeños líos de leña.

La señora de la casa, cada vez lo quería menos. Le daba de comer las sobras y le ponía el plato en el suelo. Pero cuando salían al prado los niños ordeñaban la cabra para darle leche a Bienvenido.

Un día llegó de visita una comadre de Perfecta, y como es costumbre llevó de regalo un jicarón de tanelas, rosquillas y marquesotes, riquísimos. Todo lo guardó la leñadora en un cajón de víveres con llave. Tenía la intención de no darle a Bienvenido, sólo a sus hijos. Pero por la noche uno de los chiquillos más pícaros y traviosos le robó la llave, sacó la rica provisión y la escondió fuera de la casa, con la idea de hacer la fiesta en el prado en compañía de todos los chiquillos, inclusive Bienvenido.

Por la mañana abrió doña Perfecta el cajón y qué furia le dió al ver que no había nada. Este fué ese *moto* Bienvenido; para eso trajo Pascual ese muchacho viejo para que mis hijos se queden sin comer; esto lo dijo la leñadora en una explosión como de volcán. Y no fué cuento. Tomó un varejón de tamarindo y le dió al pobre motito como veinte chilillazos que lo dejaron casi sin aliento. Lo tomó de una oreja y lo despachó de la casa.

Llora que llora, Bienvenido se fué por el primer trillo que halló. Sus hermanos lloraban también encerrados en un cuarto donde los puso la mamá para que no lo siguieran. Caminó y caminó mucho el pobre chiquillo y por allá bajo un *paturreal* se encontró un saquito de manta; lo recogió por no dejar y se lo echó en la bolsa. Más allá a la orilla de una quebrada encontró un enanito llorando a lágrima viva.

—¿De qué lloras, enanito? —le dijo Bienvenido.

—Es que se me perdió un saquito de manta, que pertenece al rey y si no lo encuentro, peno la vida.

—Amiguito, yo encontré uno, aquí está, ¿será el que tú buscas?

—Claro que sí, muchacho. Y en pago te voy a dar este otro. Todo lo que tú quieras entrará al saco, siempre que tú digas, por

ejemplo, naranjas a mi saco, o queso a mi saco, etc.

Se despidieron en buena amistad. Al pasar una quebrada vió Bienvenido unos patitos, y por tantear dijo: —Patitos a mi saco, y los patitos corriendo entraron al saco. Pero el muchacho los dejó nuevamente en libertad. Después dijo: queso y pan a mi saco. Y al momento tuvo para almorzar. Desde este día siguió Bienvenido sólo por el mundo. Pedía hospedaje en alguna casa de gentes pobres y entonces pedía que entraran a su saco toda clase de víveres y hacía fiesta con las buenas gentes. A veces decía: "Cinco cobijas a mi saco", y venían las cobijas y luego las repartía entre los necesitados.

Con el correr del tiempo se hizo ya un mozo de veinte años. Y caminando y caminando, llegó a la capital del Reino. Un día sonaban pitos y tambores, cohetes, bombas y la música de banda.

—¿Qué pasa? —preguntó Bienvenido.

A esto le contestaron que el Rey, la Reina y la Princesa con su Corte, salían de paseo al lugar favorito donde había un lago azul rodeado de palmeras, de jacintos y de amapolas. Sus Majestades iban en lindos caballos blancos con arneses de oro y plata. La Princesa era linda como un ángel y todos la adoraban.

Bienvenido se sumó al gentío que seguía por curiosidad a los reyes. Llegaron al lago y de inmediato los criados bajaron a los Reyes y a la Princesa de los caballos. Tendieron alfombras y hamacas desde donde podían gozar de la vista del bello paisaje. Los músicos ejecutaban las mejores piezas de su repertorio y todos los paseantes hablaban y reían con entusiasmo. Alguien organizó un paseo en bote por el lago. Primero, claro está, fueron los Reyes. Iban felices. Los músicos tocaban sin cesar. Pero, por mala suerte, la Princesa empezó a jugar con unos pececillos de colores que traviosos, se asomaban a la superficie del agua. Y... cataplún, se fué la niña al fondo del lago...! Se acabó la alegría. Todo era confusión y lágrimas. Unos buzos se ofrecieron a buscarla. Todos ayudaban... pero nada... todo en vano. La princesa no aparecía. El rey desesperado ofreció el reino a aquel que encontrara el cadáver de su hija. Pero declinaba el día, se agotaban las fuerzas y no la encontraban. Bienvenido también ayudaba, pero cansado al fin, se sentó en el tronco de un árbol. Ya se dormía, cuando le habló alguien diciéndole:

—¿Qué hacés, que no sacás a la Princesa del lago? Pide el bote, vete a medio lago y dí: Princesa a mi saco. Luego dirás: alma de la Princesa, al saco.

Era el enanito quien le daba este consejo y al momento el muchacho fué donde el Rey y le dijo:

—Señor, yo sacaré del lago a la Princesa.

—Te doy el reino, dijo el Rey desfallecido; pero si me mientes penas la vida.

Se fué hacia medio lago el muchacho y dijo: —Princesa, a mi saco. Y al momento, salió ésta del lago y entró al saco. Después dijo: —Alma de la Princesa, al saco. Y de veras revivió la Princesa y sonriente, en compañía de Bienvenido, vino a abrazar a sus padres. Al momento montaron todos en sus caballos, le dieron uno a Bienvenido y regresaron a Palacio.

Al día siguiente se celebraron las bodas de la linda Princesa con Bienvenido. Hubo una gran fiesta y al final el Rey se quitó la corona y se la puso al novio; la Reina se quitó también la corona y se la puso a la novia y dijeron:

—¡Vivan los nuevos Reyes!

Ahora se llamaba el Rey Bienvenido. Y un día le dijo a su esposa: —Vamos a dar un paseo. Y se fueron a caballo vestidos sencillamente con trajes de trabajadores. Pero la gente, como los conocían, les decían:

—¡Vivan los nuevos Reyes!

Se fueron camina y camina hasta la casa del leñador.

—¡Hola, Pascual!, dijo Bienvenido; y salieron todos los de la casa a recibirlos. —Pero si es Bienvenido, dijeron los muchachos, y lo abrazaron y él les presentó a su esposa la Reina.

—Ahora soy Rey, les dijo, y ustedes se irán conmigo a vivir a Palacio.

—Viera, señora, dijo la Perfecta, dirigiéndose a la Reina, usted viera cómo quería yo a Bienvenido, si lo crié como si fuera mi propio hijo, es como sangre de mi sangre. Y haciéndose la emocionada, abrazó por primera vez al muchacho.

Y vinieron coches y criados y los leñadores se fueron a palacio con el Rey Bienvenido. Desde entonces doña Perfecta y don Pascual se mantenían bien vestidos, sentados en unas mecedoras. Los muchachos le ayudaron a Bienvenido a gobernar el reino y todos fueron felices.

María LEAL de NOGUERA.

Noticia de libros

Índice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

En la octava serie, Nº 2, de los *Cuadernos de Cultura* (repetimos, ejemplares) que saca la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, en La Habana, 1948:

Ursula Céspedes de Escanaverino: *Poesías*. Selección y Prólogo de Juan J. Remos.

("El dolor y la naturaleza son los dos temas que llenan su obra". "El valor subjetivo de la poesía de Ursula Céspedes es fuerte y se afianza en lo anecdótico", "...salvar del olvido un nombre que bien merece recordarse").

Este folleto, como tirada aparte de la revista *Estudios* de la Academia Literaria del Plata:

J. Luis Trenti Rocamora: *Aclaraciones al Sr. Juan Canter*. Acerca de "La cultura en Buenos Aires hasta 1810". Con un comentario bibliográfico por Guillermo Furlong, S. J., Bs. Aires, 1949.